



NO DIGAS NADA, DÉJAME SEGUIR HABLÁNDOTE

MOMCHIL NIKÓLOV

Ella hoy vino a casa... No, no fue así, nos encontramos por casualidad... No, tampoco fue así. Nos encontramos porque ella me había buscado todo el día, y yo la buscaba a ella. En realidad te buscaba a ti, esperaba que estuvieras con ella. Ayer también te busqué... ¿Sabes?, esta conversación tiene dos variantes, corta y larga. La corta significa contarte directamente lo que pasará. La larga, ir paso a paso. ¿Tú cuál prefieres? ¿La larga? Por supuesto que la larga, yo también la habría escogido.

Bueno, entonces, cuando la encontré hoy, ella estaba hablando con un desconocido al otro lado de la calle. Me vio y me saludó con la mano. Yo fui hacia ella, y cuando llegué, vi que su cara estaba confusa. Y aquél parecía insistente. Y hablaba, hablaba... Estaba sobreexcitado. Ella me miró y en sus ojos había miedo, lo vi. Dijo: Tengo que decirte algo. Saltaba a la vista que tenía que decirme algo. Y yo sabía que me hablaría de ti. Pero no sabía qué. Aquél seguía hablando, y yo sentía cómo a mi alrededor todo palidecía y se demoraba. Tienes claro a qué me refiero: la sensación de que el mundo no tiene sentido, de que todo lo que tiene sentido son unas cuantas palabras dichas deprisa, sin signos de puntuación ni pausas. Pero esas palabras todavía no las había entre nosotros, estaban en ella, pugnaban por salir, pero no podían, ¿entiendes?, aquél hablaba, hablaba, y las palabras de ella no tenían manera de cruzar el río verbal de él. Entonces yo la cogí de la mano, y a él le dije, perdona, o bien le dije que se marchara, en realidad no recuerdo lo que dije. Nos fuimos calle arriba, pero puede que fuera abajo, cómo me puedo acordar cuando había entrado en uno de esos instantes de no-tiempo, en que todo es absolutamente igual y da lo mismo si irás abajo, arriba, o te dirigirás al centro de la tierra. Mientras andábamos ella empezó a hablar y a llorar, pero más bien lloraba e intentaba ahogar las cuatro palabras que tenían que pronunciarse. No pudo ahogarlas, es estúpido ahogar palabras con lágrimas, estúpido, estúpido. Imposible. ¿Sabes lo que te digo? Lo sabes, por supuesto.

Hablamos de que te había encontrado, de que había ido a posta con una flor a verte. Un detalle, sencillamente para ver cómo estabas después de todo lo que había pasado. Y tú estabas irreconocible. Fría. Indiferente. Y cuando hablabais, aparentemente de manera completamente normal, de cosas completamente normales y corrientes, ella sentía tus espinas, que le han impedido tocarle. Sí, tú querías causarle dolor, ser más fuerte, hacerle sufrir. Entonces ella apretó la flor que llevaba para ti, por supuesto que era una rosa, qué si no, y las espinas de la rosa se le clavaron en la mano. Ella apretaba, apretaba... Al principio le dolía: se figuraba cómo los agudos triangulitos desgarraban su blanca piel y se le clavaban en la carne como colmillos de serpiente. Pensaba que esos colmillos eran muy venenosos y al cabo de un instante algo en ella explotaría y su cuerpo se arrastraría inerte. Así se figuraba la muerte: como una explosión. Sólo que el tiempo pasaba, y ella no moría. Al contrario: el dolor se debilitó y en su lugar se presentó el placer. Que la hizo sentirse peor. Ella apretaba, y tú no te dabas cuenta de nada. Ni del dolor, ni del placer.

¿Sabes?, en este instante me dan ganas de extender la mano y acariciar tu rostro, que está tan cerca. Me da miedo porque eso será demasiado fuerte para los dos. No, no digas nada, déjame seguir hablándote...

Ella apretaba la rosa y sentía cómo todos los espacios vacíos de su puño, hendiduras y hondonadas, se llenaban de sangre. Caliente. Tú seguías hablando. Entonces ella se fue. Dijo que tenía trabajo, no sé cuál, y se separó de ti. Sentía que algo malo había pasado. Que te había perdido para siempre. Sentía que tú también has perdido muchas cosas, incluso más que ella, que las dos sois desdichadas, pero cada una a su manera, lo que ahondó aún más el precipicio o el abismo entre vosotras, no recuerdo la palabra exacta que usó para medir la distancia. Se libró de la rosa, sencillamente la soltó y ésta cayó en la acera. Preciosa, roja, ensangrentada. Quería encontrarme, me buscaba por todas partes. En vano. Era difícil: ir sola por las calles, apretujada por la muchedumbre como un islote en el océano, entrar en los cafés y fijar la vista en la penumbra, buscando mi rostro entre los otros cientos de rostros. Entonces se percató de cuánta gente hay en el mundo. No, aquí no se trata de unas cuantas cifras: millones, billones. Sintió, ¿sabes?, que percibía las cosas únicamente con sus sentimientos, sintió la presencia de un sinfín de mundos a su alrededor. Y pensó, pese a todo a veces se veía obligada a pensar, que no había manera de que ese sinfín de mundos se entrelazara de alguna manera. Y se preguntó a cuántos de los desconocidos cuyas miradas había encontrado había contagiado su estado de ánimo.

¿Por qué sonríes así? Tú y yo sencillamente somos diferentes: pensamos, pero nos da miedo sentir. Nuestros sentimientos son como niños chicos:

parecen inocentes, pero pueden provocar grandes daños. Por eso me da miedo acariciarte. A ti también te da miedo. ¿Sabes?, ella nos quiere. Y tú, por supuesto que tú también la quieres, pero ese amor no es el mismo. Lo tuyo es una pasión que controlas a duras penas. Por lo demás, como mi pasión, con la que te deseo cuando te veo. Tú la quieres a ella, yo te quiero a ti. Una situación compleja, ni que decir tiene, pero nuestros magníficos, traidores, pensantes cerebros han salido del paso. Yo la utilicé a ella para llegar a ti, era la única manera, lo juro. Tú hiciste lo mismo: me aceptaste, pero la recibiste también a ella. ¿Dices que no quieres hablar de eso? Yo tampoco quiero. Bueno, entonces vámonos. Ésta es la otra manera en que podía transcurrir nuestra conversación: preguntarte si quieres que hablemos de las cosas que pasaron, y contestarme tú que no quieres. Y marcharte. Pero la más corta y la más razonable es la que inevitablemente escogeré, porque prefiero las devastaciones planeadas a las acciones irreflexivas: enterrar todo dentro de mí y que esta conversación nunca se produzca durante nuestros próximos e inevitables encuentros.



МОМЧИЛ НИКОЛОВ (Момчил Николов)

Nació en 1970 en Pleven.

Licenciado en medicina por la Universidad de Pleven.

Escribe cuentos, novelas, es dramaturgo, guionista de televisión y de anuncios publicitarios.

Es uno de los fundadores de la plataforma literaria “Бърза литература” (“Literatura rápida”), caracterizada por documentar el medio urbano contemporáneo por medio de detalles realistas de la vida cotidiana.

Frecuente organizador de *performances*, instalaciones y proyectos multimedia de promoción de la literatura, el arte y la música.

Premio del municipio de Pleven por su aportación a la cultura en 2000.

Premio al mejor cuento de la revista *Egoist* en 2001.

Premio al mejor cuento corto “Rashko Sugárev” en 2002.

Premio a la nueva prosa búlgara “Helicón” en 2009.

Cuentos, relatos, teatro:

1997: *Пътници* (*Viajeros*). Relato

1998: *Разкази* (*Cuentos*)

2000: *Фрагменти от стая* (*Fragments de habitación*). Cuentos y obra teatral.

2001: *Лудата Дорис* (*La loca Doris*). Edición bilingüe búlgaro-inglesa.

2002: *Избрани разкази* (*Cuentos escogidos*). Edición trilingüe búlgaro-sueco-inglesa.

2011: *Лудата Дорис* (*La loca Doris*). Nueva edición que incluye también sus obras escritas entre 1996 y 2000.

Novelas:

1999: *Фаху Lady* (inédita). Premio a la *opera prima* de la revista literaria *Литературен форум* (*Foro literario*)

2005: *Hash Oil*. 2.ª edición: 2009.

2005-2011: Trilogía *Кръглата риба* (*Round Fish*):

2006: *Горният етаж* (*El piso de arriba*) [3.ª parte]

2008: *Кръглата риба* (*Round Fish*) [2.ª parte]. Premio “Helicón” a la nueva prosa búlgara.

2011: *Машини за любов* (*Máquinas de amor*) [1.ª parte]

El cuento *Не казвай нищо, нека продължа да ти говоря* (*No digas nada, déjame seguir hablándote*) se publicó en el libro *Fragments de habitación* (2000).

Traducción del búlgaro de Francisco Javier Juez Gálvez.